Academia de la Historia de Cuba

HOMENAJE EN MEMORIA DE

JOSÉ MARTÍ Y ZAYAS BAZÁN

celebrado en sesión pública el día 28 de mayo de 1953.

Palabras iniciadoras por el
DR. EMETERIO S. SANTOVENIA
Presidente de la Corporación

Discursos por los doctores
JOAQUÍN MARTÍNEZ SÁENZ
Presidente del Banco Nacional de Cuba

JORGE MAÑACH Y ROBATO
Académico de Número



LA HABANA
1953

AÑO DEL CENTENARIO
DE JOSÉ MARTÍ

ACADEMIA DE LA HISTORIA DE CUBA

BENEFACTORES DE LA ACADEMIA
DE LA HISTORIA DE CUBA

Asociación Nacional de Hacendados de Cuba
Manuel Aspuru
Francisco Blanco Calás
Central Andorra, S. A.
Compañía Cervecera Internacional, S. A.
Federico Fernández Casas
José Gómez Mena
Manuel Gómez Waddington
Teodoro Johnson
Minas de Matahambre, S. A.
Nueva Fábrica de Hielo, S. A.
Aurelio Portuondo
José B. Rionda
Leandro J. Rionda
Salvador Rionda
Santa Lucía Company, S. A.
Solís, Entrialgo y Cía., S. A.
Patricio Suárez Cordovés
Sucesión de L. Falla Gutiérrez
Estanislao del Valle
Ignacio del Valle

HOMENAJE EN MEMORIA DE

JOSÉ MARTÍ Y ZAYAS BAZÁN

Academia de la Historia de Cuba

HOMENAJE EN MEMORIA DE

JOSÉ MARTÍ Y ZAYAS BAZÁN

celebrado en sesión pública el día 28 de mayo de 1953.

Palabras iniciadoras por el

DR. EMETERIO S. SANTOVENIA

Presidente de la Corporación

Discursos por los doctores

JOAQUÍN MARTÍNEZ SÁENZ

Presidente del Banco Nacional de Cuba

JORGE MAÑACH Y ROBATO

Académico de Número



LA HABANA
IMPRENTA "EL SIGLO XX"
MUÑIZ HNO. Y CIA.
BRASIL 153-157
MCMLIII

Palabras iniciadoras por el Presidente de la Academia

DR. EMETERIO S. SANTOVENIA



Señoras;

Señores:



FELIZ ocasión para el acto que ahora iniciamos nos ha sido dada por el hecho del centenario del nacimiento del Apóstol. José Martí y Zayas Bazán llevó tan elevada y noblemente la condición de hijo del más eminente de los cubanos de todos los tiempos que habrían quedado incompletas las celebraciones cívicas del presente año si no nos hubiésemos reunido, como reunidos estamos aquí, para alzar loas en memoria del General.

Del conocimiento de cuantos pudimos gozar del trato de José Martí y Zayas Bazán es la verdad de que él fué arquetipo de caballeros perfectos. Su prestancia y su firmeza corrían parejas. Entre su conducta privada y su proceder público había una correlación cabal. Exquisitas virtudes suyas fueron la de no murmurar del prójimo y la de respetar profundamente la dignidad humana, ni más ni menos que como su insigne padre prescribió.

Dos cubanos de nota, Joaquín Martínez Sáenz y Jorge Mañach, nos van a hablar del ciudadano ejemplar y del hombre de altas calidades. Y lo harán con absoluto conocimiento de la personalidad del General.

Martínez Sáenz, por haber presidido el partido que se honró contando entre sus dirigentes a Martí y Zayas Bazán, pudo aquilatar sus excelencias. Mañach, gran biógrafo del Apóstol, estudió la vida del hijo como parte integrante de la del padre.

El cubano cuya semblanza quedará presentada por Joaquín Martínez Sáenz y Jorge Mañach sirvió a la Patria en la guerra y la paz. En la guerra, siendo un adolescente, mereció bien de las huestes libertadoras convocadas por su ilustre padre. En la paz, ya él en la madurez, fué en altas posiciones oficiales un leal y eficaz obrero de la existencia nacional, la máxima proeza política de su genitor.

La participación que la Academia de la Historia de Cuba toma en este solemne acto viene determinada por razones obvias. La Corporación no podía permanecer indiferente respecto de un público reconocimiento de los méritos y virtudes de un patriota austero, que por añadidura supo llevar con la mayor honra el nombre del organizador de la independencia nacional. Un homenaje de la índole del que ahora rendimos tenía que entrañar, como ha entrañado, el valor y la significación de una convocatoria dirigida a cubanos conscientes de altos deberes cívicos.

JOSÉ MARTÍ Y ZAYAS BAZÁN

POR EL

DR. JOAQUÍN MARTÍNEZ SÁENZ



Honorable Señor Presidente de la Academia de la Historia,

Honorables Señores Académicos,

Sra. Teresa Bances Vda. de Martí,

Señoras y Señores:

Un grupo de personas que tuvimos la fortuna de conocer, admirar y querer a José Martí y Zayas Bazán, acordamos rendir un público homenaje a sus virtudes ejemplares este año en que la República celebra el Centenario del nacimiento de su epónimo padre.

Cuando generosamente me designaron para que cubriera la parte del programa destinada a poner de relieve su personalidad prócer, acepté con júbilo y entusiasmo inmediatos. En el fondo de mi corazón, en los resquicios más hondos de mi conciencia, latía una pena sorda. Estaba convencido de que sus contemporáneos no supieron apreciar nunca las nobles características que ennoblecieron a José Martí y Zayas Bazán. Pensé que sería ésta una oportunidad de calmar la sed de justicia que me inquietaba, sacando a la luz pública, en la ocasión del centenario paterno, sus cualidades excepcionales, su culto modesto y humilde a la memoria del progenitor egregio, su sentido fervoroso y práctico

del patriotismo y de obtener así que compartieran mi admiración los que no disfrutaron del honor de conocerlo profundamente.

Pero apenas trato de dar cima a esta tarea que me pareció sencilla y fácil, me siento abrumado por las dificultades a vencer. La adhesión pública va fácilmente hacia lo brillante y él hizo de la modestia la razón de ser de su existencia; el reconocimiento se alcanza por las proyecciones públicas que tienen un radio de difusión más extenso mientras más sonoras y superficiales son, y él, deliberadamente, buscó los segundos planos y cultivó la sobriedad, tal vez pensando que debía constituir una reserva moral de la República; la admiración se conquista con el gesto audaz propio del líder, del héroe o del demagogo, en la ocasión polémica, y él no quiso nunca mezclar su nombre en contiendas que estuvieran al borde de la inútil violencia, quiso, por el contrario, ser agente eficaz de entendimientos cubanos.

Pero aún hay más. La República no ha vacilado en reconocer los méritos excelsos de sus fundadores. No ha escatimado honores ni ha dejado de conceder derechos a los que nos hicieron la donación de la libertad y la independencia. En cuanto al Apóstol, la devoción por su estudio llega a los lindes de un culto de patriotismo religioso. Esto mismo, sin embargo, provoca en el hombre común y corriente un celo, un resentimiento, con los que, a pesar de las mejores voluntades, el hombre mediocre reacciona ante las figuras excelsas, cuando se desenvuelven en un ámbito próximo y por lo mismo presentan un contraste depresivo. El padre del hombre a quien rendimos homenaje en este acto no sólo fué el Apóstol que plasmó los *mandamientos* de la nueva República. Fué eso, pero fué mucho más: erudito, con una cultura que asombra; literato que transformó los cánones del estilo, tanto en la prosa como en la poesía

y en la oratoria; político práctico, capaz de construir el instrumento necesario para la independencia por encima de los rescoldos, los enconos y los celos que dividían a los patriotas después del fracaso de la Guerra Grande. Para mí, Martí fué el genio de su generación, el genio de Cuba y uno de los de América y del mundo. Las grandes mayorías suelen conmoverse piadosamente ante las debilidades humanas, pero siempre son inexorablemente rígidas y crueles con la grandeza. Así, el padre tuvo que pagar con una serie ilimitada de sufrimientos, hasta con el sacrificio de su propia vida, el precio de su sin par eminencia. Pero el precio tiene que ser proporcional a su grandeza. Por eso también tuvo que continuar pagándolo calladamente, sin ostentación y sin quejas, el hijo ilustre. ¡Y de qué modo doloroso! Alrededor de la figura del hombre que recordamos, se creó una leyenda negra. En corrillos, en murmuraciones, por los oscuros canales en que la envidia deja correr su baba corrosiva, los mediocres se vengaban del padre, presentando a su hijo como un ser anodino, indiferente a las angustias patrias, insensible a las llamadas del deber cubano, oscuro, inepto y sin coraje. Y esta leyenda injusta y torpe creó un vaho tupido, espeso, a través del cual la figura de José Martí y Zayas Bazán se desdibujaba para todo aquel que no tuvo la honrosa oportunidad de conocer sus altas capacidades, su virtud silenciosa, guardada recatadamente por él como el tributo más alto que pudiera rendir al nombre egregio que ostentaba, como si quisiera velar con su humildad la grandeza de su padre.

Ser hijo de un hombre del rango excepcional del Apóstol es un singular honor, pero es un honor aplastante que abruma, aplana e inhibe, en cada momento, las reacciones del que ha tenido tan suprema distinción del destino. Para el general Martí y Zayas Bazán el

nombre del padre era un pedestal, según el juicio primario de los que no comprendían la tragedia íntima de su vida; pero para él fué en verdad una cruz de esas en que no se muere; pero cuyo peso hay que llevar, día a día, sobre las recias espaldas, sin esperar el auxilio piadoso de una Verónica que enjugue el sudor o de un Cireneo que alivie la carga.

Confieso honradamente, en este momento de sincera comunión de sus amigos y admiradores con su recuerdo, que yo también fuí víctima de esa leyenda negra y que alguna vez, para mi interior, me dije: "Los hombres del rango del Apóstol deben morir sin sucesión." Declaro, sin embargo, que este oscuro pensamiento fué una agresión nunca pronunciada por mis labios; pero que, a mi pesar, surgía en mi conciencia respecto de un hombre a quien no conocía y cuyas sólidas virtudes no había aprendido a ver y estimar. Le debo a un viejo y entrañable amigo, Luis del Valle, animador principal del grupo organizador de esta ceremonia, la gratitud de haberme dado la oportunidad de conocer al cubano limpio, ciudadano ejemplar, que supo mantener erguida su conciencia moral en momentos de dura prueba para la República, sin dejarse aplanar por el peso de la cruz gloriosa de ser el hijo del Apóstol (gloria del padre que empequeñece el mérito del hijo, cualquiera que sea su dimensión), y sin pretender jamás hacer de la circunstancia filial, oportunidad de medro o de vana gloria.

Mi primer encuentro con el general Martí fué banal. No pasó de una mera cortesía social, cuando tuve el gusto de saludarlo durante una época de mi exilio, a su paso por Miami, en compañía de su devota esposa, Teté Bances, cuya presencia en este acto lo honra y enaltece. Se interesaba entonces el General por el movimiento abecedario. En su conciencia oía una voz que le indicaba que en los días confusos del año 38, cuando las vías

de soluciones pacíficas, legales y constructivas parecían cerradas, él debía romper con su conducta de deliberada abstención de los asuntos públicos y poner al servicio de las soluciones cordiales el esfuerzo de su voluntad y el prestigio de su nombre. Pero aun en esto actuó con admirable cautela. Por los meses de septiembre y octubre de 1938, el ABC decidió aceptar como buena la promesa de soluciones electorales y movilizarse para que las mismas fuesen posibles, obligando a los detentadores del poder público a seguir por los caminos civiles anunciados. Organizábamos el Partido ABC. Acompañado de Luis del Valle, visité al general José Martí y Zayas Bazán. Tengo vivos en el tesoro recóndito de mis más apreciados recuerdos, los incidentes todos de la visita, a la que fuí con cierto temor, como del que pretende hacer un acto sacrílego al procurar movilizar cosas sagradas con una representación inadecuada. La visita fué en la casa de Calzada y 4 en el Vedado. Pocas veces he estado en un lugar donde lo señorial y lo sencillo estén más armónicamente unidos y de inmediato se experimente una mayor sensación de hospitalaria acogida. En ella se destaca, sobre todo, su cubanía esencial. Las galerías interiores que circundan el patio florido, con la sombra amable de árboles añosos, le dan a aquella casa una sensación de campiña nacional que permanece inexpugnable a los avances extranjerizantes del medio citadino que la rodea. La casa era, indudablemente, la expresión más cabal de la pareja ejemplar que la habitaba. El padre quiso que la primera ley de la República fuera la que garantizase la plena dignidad del hombre, y el hijo ilustre hizo de ella la norma inquebrantable de su conducta, que tenía refugio y asiento en la casa cautivadora.

En una de sus galerías interiores, en cómodos balances, también cubanísimos, nos sentamos Luis del

Valle, el general Martí y yo para celebrar una entrevista que antojábaseme totalmente banal. Pero era tal su señorío; fué tal la sinceridad de su acogida franca, que en pocos momentos me sentí como en casa propia y departiendo con amigos queridos y entrañables. Para mi sorpresa, la entrevista fué trascendente. El general José Martí y Zayas Bazán me sometió a un duro cuestionario. Antes de decidirse a actuar en las filas del ABC, quería que se le dieran respuestas a las preguntas que él consideraba fundamentales en relación con los problemas de largo alcance que nuestra generación tiene el deber de resolver. Me sentí profundamente conmovido y (¿por qué no confesarlo en esta hora de diáfana franqueza?) también íntimamente halagado en mi vanidad. El general José Martí se planteaba los mismos problemas que el ABC había enunciado en su Manifiesto-Programa de 1932 y para resolver los cuales había formulado una serie de medidas que aspiraban a cubrir tres decenios de la vida republicana. Al terminar la entrevista con mi oferta de elevarle los documentos que ponían de relieve la total coincidencia de sus pensamientos con la preocupación creadora del ABC, me dí cuenta de que habían nacido una amistad y una admiración que ni aún la muerte ha podido borrar.

La impresión física del general Martí era contradictoria. Contribuyó a reforzar la leyenda injusta alrededor de su personalidad, su sordera, que lo afectaba de dos modos: en parte, haciéndolo aparecer ausente de los agudos comentarios de la conversación o interviniendo en ella sin haber oído claramente y exponiéndose a decir cosas inatinentes, y en segundo término, en la forma de su expresión pausada, un tanto monocorde, característica de los que sufren de deficiencias auditivas. Por otra parte, su estatura prócer, su actitud

naturalmente marcial, la nobleza de todos los rasgos de su fisonomía, la dignidad y decoro de su porte, daban la sensación de un gran señor y, sin embargo, no acusaban ni sus capacidades intelectuales ni su vocación patriótica ni su aguzado sentido del deber. Había que llegar a esos tesoros por los caminos del trato personal y yo los anduve, logrando fruto verdadero. Al retirarme de la entrevista inolvidable, no llevé en mi mente, de inmediato, más impresión que la de que habíamos ganado para la causa que servíamos con febril y agotadora devoción, un eminente servidor. Los otros detalles de trasfondo que hoy he destacado, fueron perfilándose y afirmándose en el recuerdo con el decursar del tiempo.

¿Cómo tiene que desarrollar su conducta el hombre que vive bajo el honor de crucifijo de ser el hijo de un padre sin par? La mejor respuesta que se puede dar a esta angustiosa pregunta la encontrará quien siga el desarrollo de la vida encomiable de José Martí y Zayas Bazán.

Son de conocimiento público las adversas circunstancias que impidieron al Apóstol tener junto a su corazón hambriento de ternuras, al hijo en quien se refugió cuando se sintió espantado de todo. Es fácil comprender que por humanísimas razones los afanes libertarios del padre no podían tener cálida acogida en el hogar que él había postergado a esos altos propósitos. Angustiado, el padre sentía la duda sobre la conducta que podría seguir el hijo. Por eso en el tierno emocionario que es *Ismaelillo,* aflora esta preocupación en versos de cristalina transparencia:

¿Vivir impuro?
¡No vivas, hijo!

También vibra en estrofa elocuentísima de los *Versos Sencillos:*

Vamos, pues, hijo viril;
vamos los dos; si yo muero
me besas; si tú... ¡Prefiero
verte muerto a verte vil!

Pero la preocupación no tenía base en la realidad. Muere el padre el 19 de mayo del 95, en Dos Ríos, y el hijo, aún niño, se escapa de la casa materna, llega a New York y se incorpora a la Revolución. En ella no fué el hijo mimado del héroe muerto. Llenó a plenitud su misión de soldado de la patria. En la toma de Victoria de las Tunas, triunfo extraordinario de las armas mambisas, donde el general Calixto García demostró su dominio del arte del sitio y de las operaciones de artillería, fué Martí el niño que se hace héroe de un solo golpe formidable, quien maneja el cañón de dinamita en forma que le gana el respeto de sus superiores y la amistad imperecedera de sus compañeros de armas, entre ellos el general Mario García Menocal, que, por eso, siempre lo quiso a su lado. Fué por el manejo de esa pieza de artillería deficiente que le dió a la patria el sacrificio de sus tímpanos. El pudo hacer de su sordera un blasón, ostentado con orgullo ante los cubanos débiles que no supieron responder a las llamadas de la patria en el momento difícil. Pero prefirió silenciarlo. Su sordera, timbre de honor y de gloria heroica, devino en motivo de chanzas y de burlas de quienes estaban carcomidos por la envidia o ignoraban la singular proeza.

En esta biografía relámpago, sólo puedo hacer resaltar momentos transitorios, aunque lo singular de su vida fué la conducta diaria, dedicada íntegra al servicio de la patria por la abstención tanto como por la acción.

La República le concedió honores, pero no superiores a los recibidos por otros que la habían servido menos y en mejores circunstancias. Fué Jefe del Ejército, pero no fué un militar por accesión. Aún al final de sus años, en cada una de sus actitudes, se veía la impronta del hombre que había servido en las Fuerzas Armadas. Llegó a Secretario de Defensa en el Gabinete de su amigo y compañero de armas, el general Mario García Menocal. La historia es, como la vida misma, un juego de luces y sombras y aquel período no lo fué de excelsas claridades. Se quería la reelección y se preparaban unas elecciones para garantizarla. El nombre del general Martí se hizo figurar en las listas del Partido Conservador como candidato a Representante por la provincia de Camagüey. Era un caso en que la postulación equivaldría a la elección. Pero, en definitiva, él renunció a la postulación y no fué electo. El Senador Aurelio Alvarez me dió el conocimiento de esta etapa tan mal interpretada de la vida de José Martí y Zayas Bazán. Los aprovechadores de turno calificaron de insigne mentecatez la renuncia del General a la postulación. Porque "ya tenía el acta en el bolsillo". Esta renunciación insólita también contribuyó a reforzar la torpe leyenda creada alrededor de su persona. Carecía de sentido práctico y político. La verdadera razón, grande y noble, de su renuncia, me fué expuesta con admiración devota por Aurelio Alvarez de la Vega. El general Martí fué invitado a ciertos actos de su campaña en la provincia camagüeyana. Debió concurrir a un mitin a su favor. Pero quedó espantado al ver la forma en que se desarrollaban las fiestas políticas en aquella época: guajiros a caballo descargaban sus revólveres en las cercanías de las casas liberales para amedrentar al electorado. Alrededor de la tribuna, adornada con la bandera cubana, los barriles de cerveza y el "ron peleón"

se distribuían pródigamente para enardecer y entorpecer la mente de la ciudadanía y se predicaba el exterminio de los adversarios. Retornó a La Habana el General inmediatamente. No participó en la elección y se separó políticamente del general Menocal, a quien siguió tratando como amigo personal. Como siempre, la dignidad rigió la conducta del hombre admirable. Como siempre, cosechó como frutos de su conducta, solamente el vituperio o el sarcasmo de sus conciudadanos, que no conocían o no querían comprender sus elevadas motivaciones.

Fué este recuerdo angustiado y bochornoso el que determinó una de las peticiones hechas a nosotros por el general José Martí y Zayas Bazán. En la época que unió sus esfuerzos a los nuestros, ya padecía de un efisema pulmonar que hacía muy difícil su respiración y que lo fatigaba extraordinariamente. A pesar de todo, no quiso dejar reducido su apoyo moral a una actitud distante y contemplativa. Quiso estar con nosotros en la movilización del Partido en las calles habaneras. Quería saber la conducta real de la política abecedaria, pues no quedó satisfecho sólo con la manifestación literaria de sus nobles propósitos. Coincidíamos con él en ese afán de presencia suya, por nuestro deseo de mostrar figura tan eminente en nuestras filas; pero ya sentíamos una profunda preocupación por su estado de salud.

El primer acto abecedario, en la organización del Partido, fué una manifestación con motivo de la celebración del 27 de noviembre de 1938. Nos correspondió cubrir el recorrido por el Malecón, desde Belascoaín hasta el Mausoleo de La Punta; pero aquel día se presentó un norte violentísimo que hizo bajar la temperatura extraordinariamente y batía un viento helado que cortaba los huesos. Fué menester hacer el desfile por

la calle de San Lázaro. Los abecedarios nos organizamos en la forma ordenada y hermosa que nos fué característica. En la primera fila estuvo el general José Martí y Zayas Bazán y no nos fué posible convencerlo de que no hiciera la marcha. A paso firme fué avanzando en el largo recorrido y todos estábamos inquietos, pues al enfilar cada boca-calle, la corriente de aire amenazaba con la pulmonía, aún a los más sanos. El, con su efisema, con su respiración angustiosa, con su cuerpo fatigado, se mantuvo, no obstante, firme todo el tiempo. Después pidió comparecer a actos en el interior de la República. Nos acompañó a Güines, en donde fué un jinete más en la caballería que desfiló ordenadamente por el pueblo. Concurrió a los actos celebrados en distintos términos de Pinar del Río y estuvo presente en un desfile en la ciudad de Cienfuegos; entonces nos confesó estar ya satisfecho, tanto de los propósitos como de los modos de actuación abecedaria y no compareció más a los actos, pues su salud se quebrantaba visiblemente.

No por eso se dedicó al descanso absoluto, ni limitó su apoyo a los aportes económicos que realizaba y al respaldo de su nombre prestigioso. Por el contrario, pidió y llevó a cabo una misión activa. Para el retorno a la legalidad era preciso recorrer una serie de etapas largas, complicadas y difíciles. El porvenir inmediato lucía sin posibles soluciones. Ciertos grupos mantenían una actitud de nuevos fariseos y se negaban a mezclarse ni tener contactos con los demás cubanos si éstos no se purificaban, sabe Dios con qué intrincados y confusos exorcismos. Pero el momento requería la unidad no sólo en las fuerzas gobernantes, sino también en la oposición, por lo menos, para la fijación de objetivos comunes. Fué el general José Martí quien pudo reunir en su casa a los jefes antagónicos de la oposición de

la calle de San Lázaro. Los abecedarios nos organizamos en la forma ordenada y hermosa que nos fué característica. En la primera fila estuvo el general José Martí y Zayas Bazán y no nos fué posible convencerlo de que no hiciera la marcha. A paso firme fué avanzando en el largo recorrido y todos estábamos inquietos, pues al enfilar cada boca-calle, la corriente de aire amenazaba con la pulmonía, aún a los más sanos. El, con su efisema, con su respiración angustiosa, con su cuerpo fatigado, se mantuvo, no obstante, firme todo el tiempo. Después pidió comparecer a actos en el interior de la República. Nos acompañó a Güines, en donde fué un jinete más en la caballería que desfiló ordenadamente por el pueblo. Concurrió a los actos celebrados en distintos términos de Pinar del Río y estuvo presente en un desfile en la ciudad de Cienfuegos; entonces nos confesó estar ya satisfecho, tanto de los propósitos como de los modos de actuación abecedaria y no compareció más a los actos, pues su salud se quebrantaba visiblemente.

No por eso se dedicó al descanso absoluto, ni limitó su apoyo a los aportes económicos que realizaba y al respaldo de su nombre prestigioso. Por el contrario, pidió y llevó a cabo una misión activa. Para el retorno a la legalidad era preciso recorrer una serie de etapas largas, complicadas y difíciles. El porvenir inmediato lucía sin posibles soluciones. Ciertos grupos mantenían una actitud de nuevos fariseos y se negaban a mezclarse ni tener contactos con los demás cubanos si éstos no se purificaban, sabe Dios con qué intrincados y confusos exorcismos. Pero el momento requería la unidad no sólo en las fuerzas gobernantes, sino también en la oposición, por lo menos, para la fijación de objetivos comunes. Fué el general José Martí quien pudo reunir en su casa a los jefes antagónicos de la oposición de

aquel momento; hacerlos firmar un mismo documento y llevarlos a la campaña que se desarrolló bajo el triunfal lema de constituyente, primero; elecciones, después. En el proceso de esa campaña se celebró un acto extraordinario y monstruoso en el Parque Central. Si pudo realizarse y si pudo lograrse el éxito final en el propósito común, se debió a que, por encima de todas las bastardías, de todos los engaños y de todas las pequeñas intrigas que caracterizaron aquel triste período histórico, se impuso la voluntad aglutinante de este patriota sincero que trabajaba silenciosamente, sin querer robarle a nadie ni un laurel ni un aplauso, ni un puesto cimero. Aumentaron durante este período las preocupaciones por su salud, de los que ya queríamos entrañablemente al general Martí, pues insistió en estar presente en el mitin final de la campaña, sin pensar en lo desapacible del tiempo. Hasta que no regresó a su casa, sano y salvo a pesar de los terribles empellones que tuvo que sufrir en ese acto, no nos pudimos sentir tranquilos.

Bastan los hechos relatados para poner de relieve cómo el sentido del deber impulsaba su conducta, inspirada siempre en el culto a su dignidad, tanto por sí como ciudadano, como por el nombre insigne que ostentaba. Cuando era requerida su acción, la prestaba aun corriendo los mayores riesgos. No fueron menores, para sus pulmones enfermos, los fríos y las agitaciones que en esas actuaciones tuvo que sufrir, que los peligros de las armas enemigas en las batallas en que participó, distinguiéndose mucho, durante la Guerra de Independencia. Pero logrado el objetivo que se había señalado, volvía a su retraimiento y a una actitud de expectación vigilante y pasiva, pues no quería que se usara en vano el nombre que ostentaba tan dignamente. Se puede decir que desenvolvió su vida como si hubieran sido

dichas para ella estas palabras paternas: "En la Cruz murió el Hombre un día; pero se ha de aprender a morir en la Cruz todos los días."

Al vaciar ante ustedes el cofre de estos recuerdos preciosos para mí, también se manifiesta, a mi pesar, una tristeza. La determina una frustración en la vida del general José Martí y Zayas Bazán. Se puede decir, ya que nada importa, porque la vida no es más que una suma de frustraciones; pero la que sufrió el general José Martí y Zayas Bazán me entristece todavía. Fué una aspiración suya legítima y honrosa y me tocó a mí el amargo dolor de decirle que era inviable y correr el riesgo de que él creyese que yo la contrariaba egoístamente.

Aprobada la Constitución de 1940, me habló de un modo penoso, con una timidez conmovedora, en tono emocionado: "No quisiera morirme —me dijo— sin tener el honor de representar al pueblo de Cuba en el Congreso".

En mis manos estaba la postulación. Las Asambleas de todas las provincias hubieran seguramente reclamado el honor de postularlo. El ABC se hubiera honrado supremamente con que su nombre ilustre figurase en su lista de candidatos. Pero yo estaba convencido de que el general José Martí y Zayas Bazán, que era un eminente y legítimo representante de esa porción de nuestra población, de ese segmento de nuestra ciudadanía, que es seria, responsable y creadora, no iba a ser electo. En el aparato electoral, complicado, falsamente representativo, con un peso muerto sólo movilizable a través de los factores plutocráticos, aun cuando tengan la peor calificación de cacocráticos, o por el azuzamiento de odios demagógicamente agitados, un hombre de las severas virtudes y de las austeras características de decoro, dignidad y sobriedad del general José Martí

y Zayas Bazán, no podía resultar electo. Desgraciadamente, lo confieso con profundo dolor cubano, ese proceso electorero, falsamente democrático, salvo honrosas y contadas excepciones sólo asegura el triunfo a través de la corrupción moral del electorado con dinero o prebendas que lo representen, o con la exaltación de sus más bajas pasiones, mediante el azuzamiento del odio con que triunfan los demagogos. Quise ahorrarle a él el pesar y a Cuba el bochorno de que el general José Martí y Zayas Bazán no fuese electo. Valientemente, con dolor y amargura, impedí su postulación. Sé que lo libré de una gran pesadumbre, la pesadumbre de los mejores a la orilla del río revuelto de la política electorera. Ahora, ante ustedes, les expongo mi tristeza, que es tristeza de Cuba y por Cuba, y les pido que con su comprensión, me la estimen y me la mitiguen.

Temí haber dejado un trauma en su espíritu generoso y que se afectara su estimación hacia mi persona. Por eso dejé de cultivar su intimidad, pues no quería ver en sus ojos diáfanos ni la sombra de una recriminación que sus labios cordiales nunca pronunciaron.

Poco después, ocurrió su deceso. Como siempre sucede, el hombre que fué, si no zaherido en vida, al menos, negado o ignorado; que tuvo que desarrollar su existencia en una atmósfera viciada por una leyenda negra y que, frente a ella, supo mantener entero el honor y la cruz de su prosapia sin par, tuvo, en el momento de su muerte, la adhesión transitoria, efímera y trivial del cariño del pueblo.

Su compañera inseparable, la que le dió a aquella casa el rango y las tonalidades que, en maridaje magnífico, unen lo señorial y lo sencillo, me hizo un honor que jamás le podré agradecer bastante: me encomendó la tarea triste y abrumadora de despedir su duelo. El hecho de que ella me seleccionase, lo interpreté como

una manifestación indudable de que no oyeron nunca sus oídos delicados, de labios de José Martí y Zayas Bazán una sola recriminación, porque me tocó el amargo deber de aparecer como si le frustrara su modesta y legítima aspiración. Así comprendí que el espíritu del grande amigo había guardado hacia mí una estimación y un cariño proporcionados a los que yo sentía por él, que se hacen más hondos, más inconmovibles y mayores con el decursar del tiempo.

Debo decir, por último, que la vida del general José Martí y Zayas Bazán fué una vida ejemplar y que el padre genial y deslumbrador pudo sentirse orgulloso de las virtudes que integraron el carácter y rigieron la conducta del hijo bienamado. Como don Mariano Martí su padre, el Apóstol pudo haber dicho de su hijo:

Nunca podré, como quería, amarlo y ostentarlo de manera que todos le viesen y le premiaran aquella enérgica y soberbia virtud que yo mismo no supe estimar hasta que la mía no fué puesta a prueba.

EL "ISMAELILLO", BAUTISMO POÉTICO

POR EL

DR. JORGE MAÑACH Y ROBATO



Honorable Señor Presidente.

Honorables Señores Académicos.

Sra. Vda. del General Martí.

Señoras y Señores:

L preparar estas honras en memoria del general José Martí y Zayas Bazán, pareció oportuno que después del elogio a quien supo llevar siempre con tanta dignidad el nombre glorioso de su padre, se evocara también en ellas aquel testimonio, no del recuerdo, sino de la esperanza, que Martí mismo dedicó a su hijo: el libro de versos que fué como un segundo bautismo, por el cual quedó el vástago ungido con las aguas lustrales de la poesía y las sales de la gracia y la ternura.

Hay en esto también un tributo al general Martí, pues supone el reconocimiento de que no defraudó aquella ilusión, aquellos votos paternos con que fué signado en los versos del *Ismaelillo.* Por otra parte, nos da nueva ocasión de recordar más ceñida y singularmente, en el año del Centenario martiano, un momento de aquella vida tan diversamente creadora, cuya evocación y loa nos parece que no podremos agotar nunca.

Acaso esto último excuse el que mis palabras no sean sólo descriptivas, o de mera efusión sentimental, sino que aspiren también a alguna utilidad histórica y crítica: a contribuir, en la medida modesta que me es dable, a la caracterización y calificación de aquel libro, que tanto habla del alma de Martí y que él mismo señaló como hito de frontera entre la incipiencia y la madurez de su poesía. Aunque mucho se ha escrito con acierto sobre esa obra, tal vez queden aún cosas nuevas que decir, siquiera sea porque el paso del tiempo nos va apurando la información y a veces la mirada.

Así, por ejemplo, durante mucho tiempo se supuso que ese manojo de poemitas, que Martí mismo publicó en Nueva York en 1882, lo había escrito durante su primera estancia en esa ciudad el año 1880, cuando el patricio, después de su segundo destierro en España, se reunió con su mujer y su hijo de dos años. Parecía lógico suponerlo así, y no faltaban datos indirectos en que apoyar la conjetura. Cuando yo preparaba mi biografía del Apóstol, el general Eusebio Hernández me contó que en aquellos meses primaverales del año 80 había ocupado un cuarto contiguo al de Martí y su esposa en la casa de huéspedes de Carmen Miyares en Nueva York, y que él recordaba aquellos retozos de Martí con el hijo recobrado, que son como la leve trama de la ternura en el *Ismaelillo*. Me aventuré, pues, en la biografía, a escribir que ya por entonces Martí iba poniendo en versos las hazañas de su "reyezuelo"... Páginas más abajo, sin embargo, al hablar de Martí en Venezuela, algún dato oral o documental, que ahora no recuerdo, me permitió contar cómo cierta noche, después de una fiesta social caraqueña a la que había asistido, Martí contemplaba en su cuarto el retrato de su hijo lejano y prendía en la cartulina de él un ramo de violetas que una dama le había obsequiado. "Toda esa

noche —añade mi vieja página— la pasó escribiendo sus nostalgias de padre en versos de una ternura matinal: *Príncipe enano, Mi caballero, Mi reyecillo, Mi despensero*"...

Eso se publicaba en 1933. Dos años más tarde, veía la luz en una popular revista cubana un artículo del investigador que más acceso ha tenido a la tradición familiar, o por lo menos a los papeles de Martí, y en ese artículo, dedicado al *Ismaelillo,* no sólo se afirmaba rotundamente que éste se había compuesto en Nueva York, o más exactamente, en Brooklyn, sino que hasta se describían muy al pormenor las circunstancias domésticas en que la elaboración se produjo. Surgía así una neta divergencia entre mis aseveraciones y las del autorizado investigador a quien aludo. El problema estaba planteado. ¿Dónde se había escrito el *Ismaelillo:* en Nueva York, en Brooklyn o en Caracas?

Por fortuna, la recaudación documental posterior vino a resolver la duda a favor de esta última alternativa. Se exhumó una carta de Martí a su amigo venezolano Diego Jugo Ramírez, en que le dice desde Nueva York el 19 de diciembre de 1881 (esto es, cuatro meses después de haber salido de Venezuela) que sus amigos venezolanos en aquella ciudad le estaban animando "a publicar un librito" —frases textuales— *"que escribí en Caracas"*... "Ya está en las prensas", añade Martí. "Es un juguete como para mi hijo"... Claro que ese libro no podía ser otro que el *Ismaelillo,* de modo que la duda quedó desvanecida por la mejor autoridad.

La cosa no es un mero detalle de erudición. Tiene alguna importancia para la exégesis de aquella obra, y hasta para su estética. A este segundo aspecto me referiré después. Limitémonos ahora a recordar que Martí alguna vez escribió: "Tal vez la poesía no es

más que la distancia". Quería decir, claro está, que la materia de ella tiene que estar cernida, aquilatada, por las perspectivas del recuerdo. El recuerdo, que como la palabra misma indica, es un volver a pasar las imágenes por el corazón, un volver a anegarlo en los "riachuelos" de que Martí le hablará a su hijo en la dedicatoria del *Ismaelillo*...

Se escribió lo más de éste, pues, en Caracas, pero con un como resentimiento puro —que también lo hay—, un volver a sentir las emociones vividas en Nueva York en aquellos meses del año 80, que fueron a la vez los de su segunda luna de miel y los de su ilusión con los planes revolucionarios del general Calixto García. Del 6 de mayo de aquel año debe de ser la carta, no fechada, que Martí le escribió sobre su vida de entonces a Manuel Mercado, su gran amigo mexicano. En ella le decía:

> Aquí estoy ahora, empujado por los sucesos, dirigiendo en esta afligida emigración nuestro nuevo movimiento revolucionario... Carmen y mi hijo están a mi lado. Carmen no comparte, con estos juicios del presente, que no siempre alcanzan a lo futuro, mi devoción a mis tareas de hoy. Pero compensa estas pequeñas injusticias con su cariño siempre tierno y con una exquisita consagración a esta delicada criatura que nuestra buena fortuna nos dió por hijo. Apenas entre el verano le mandaremos su retrato. No tiene esas prematureces que hacen las delicias de los padres vulgares. Sabrá sufrir, sabrá pensar y sabrá amar. Saber sufrir es lo que más importa —aunque se muera de esto. Tiene ojos profundos y mente ancha. Pero es blanco y sencillo, como a sus meses toca...

En esa carta, que tiene la fuerza reveladora de todo lo confidencial, están varios de los ingredientes emocionales, por así decir, que más tarde los versos del *Ismaelillo* van a estilizar en tropo y parábola, esencializados ya por el recuerdo. Tienen las confidencias de Martí un doble fondo de ilusión pública y de ilusión íntima, pero ambas como un poco veladas de presen-

timiento. Si cumple el deber patrio, es en forma a la cual se ha visto "empujado por los sucesos", lo que parece dejarnos entender que aquélla de Calixto García no era aún el tipo de revolución con que soñaba, y que de ella había de quedar un mayor deber pendiente, proyectado hacia el futuro. Junto a ese sentido de la responsabilidad, del deber público, se percibe también un sentimiento de incipiente soledad espiritual, porque su mujer no comparte aquella devoción con juicios que trasciendan la pura actualidad. La esperanza de que el hijo sí responda a la hechura del padre se revela en esa especie de candoroso *fiat* con que vaticina que "sabrá sufrir, pensar y amar", aunque de ello no tiene más indicios que el verle al niño sus "ojos profundos" y su "frente ancha". Es todavía "blando y sencillo" (notemos, de paso, este adjetivo, que vale aquí tanto como "limpio", "inocente", "puro"); pero sabrá ser algún día continuación del padre y justificación de su vida.

Poco después, las dos ilusiones, la de la compenetración conyugal y la de aquel conato revolucionario, se resolvían en suspensivos fracasos. Carmen y el niño regresan a Cuba. Martí, ávido de huellas épicas, se marcha a Venezuela. Es posible, hasta probable, que ya lleve escritos algunos de los poemas del *Ismaelillo,* los más alegres, los de acento más matinal. Acaso, por ejemplo, el que figurará como primero del libro:

Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta...

O el de *Musa traviesa,* con su alborozo de presencia y sus frescos detalles:

Suavemente la puerta
Del cuarto se abre,
Y éntranse en él gozosos

Luz, risas, aire.
Al par da el sol en mi alma
Y en los cristales...

Pero si la afirmación categórica de la carta a Jugo Ramírez no fuese decisiva, la evidencia interna bastaría para sugerir que la mayor parte de los poemas se escribieron a distancia, en el tiempo y en el espacio, de los hechos a que aluden. Algunos están en pasado:

Por las mañanas
Mi pequeñuelo
Me despertaba
Con un gran beso.
. . . .
Y yo besaba
Sus pies pequeños.
¡Dos pies que caben
En sólo un beso!

Otros hablan del niño como de algo lejano:

Un niño que me llama
Flotando veo...

Los hay, en fin, que aluden concretamente a la separación física:

Hijo, en tu busca
Cruzo los mares:
Las olas buenas
A ti me traen...

Lo primero que notamos en el conjunto de los poemas es esa emoción de soledad del padre con la imagen del hijo, con su recuerdo. Recién nacido el niño, Martí había escrito algún poema como el titulado *Mi tojosa adormecida,* en que figuraba también la esposa:

Como una perla dormida
Sobre su concha de nácar,
De mi Carmen sobre el seno
Nuestro niño dormitaba...

Esos versos no figuran en el *Ismaelillo.* Los posteriores del poema *Oh, nave,* que tampoco se recogerá en el libro dedicado a Pepito, revelan ya el fondo de desolación —si bien asida a la esperanza— sobre el cual el *Ismaelillo* se dibuja:

Bien solitario estoy, y bien desnudo;
Pero en tu pecho, oh niño, está mi escudo.

Nótese, incidentalmente, el empleo de metros más largos en esos otros poemas de la intimidad. Pero lo que más importa observar ahora es cómo en el *Ismaelillo* se acusa esa soledad espiritual del padre con el hijo, ese como diálogo en soliloquio de dos seres que se asisten recíprocamente, enfrentados con su respectivo destino. Fuera del género epistolar, no sé de ningún otro caso semejante en la literatura.

Aunque el poeta lo llama una "fiesta", domina la nota melancólica. *Ismaelillo* está hecho del recuerdo de la alegría tanto como del recuerdo del dolor; pero la alegría recordada nunca es otra vez alegría, y el dolor recordado sí lo es. El poema inicial presenta al niño. Las imágenes de aquella linda presencia física de la criatura están vertidas con precisión amorosa:

Tiene guedejas rubias,
Blancas guedejas;
Por sobre el hombro blanco
Luengas le cuelgan.
Sus dos ojos parecen
Estrellas negras...

Es una evocación luminosa, aunque esa última metáfora nos traiga a mientes aquel simbolismo melancólico de otros misteriosos versos suyos: los de

...el canario amarillo,—
¡Que tiene el ojo tan negro!

Pero lo descriptivo cede enseguida, en el poemario infantil, a una suerte de narración alusiva, sin trama; al recuerdo de los retozos del padre con su criatura. Y desde el primer momento, esa acción escrita se acoge a tropos de pugna, de rivalidad, de dulce batalla:

¡Héme ya, puesto en armas
En la pelea!
¡Quiere el príncipe enano
Que a luchar vuelva!

Complácese el padre en la voluntad constante de lucha en el niño. La parábola es insistente a lo largo de la serie poemática. El recuerdo de los estragos de Pepito en el cuarto de estudio de Nueva York provee graciosos elementos plásticos:

Hala acá el travesuelo
Mi paño árabe;
Allá monta en el lomo
De un incunable;
Un cárcax con mis plumas
Fabrica y átase;
Un sílex persiguiendo,
Vuelca un estante...
. . . .
. . . .
Aquélla que me dieron
De oro brillante,
Pluma a marcar nacida
Frentes infames,
De su caja de seda
Saca y la blande...

Quesada y Miranda nos ha contado la historia de algunos de esos objetos: el paño árabe, "compra de pocos centavos en un *department store*" de Nueva York; el pisapapel de ónix que Juan de Dios Peza le había regalado a Martí en México y que el niño le rompió en una de aquellas gozosas trifulcas... Pero lo que más interesa advertir ahora es ese curioso recurso del poeta a la simulación de la lucha, que no es sólo guerra con el hijo, sino también con enemigos supuestos de los cuales la criatura le defiende:

No temo yo, ni curo,
De ejércitos pujantes,
Ni tentaciones sordas,
Ni vírgenes voraces:
El vuela en torno mío,
El gira, él pára, él bate;
Aquí su escudo opone;
Allí su clava blande;
A diestra y a siniestra
Mandobla, quiebra, esparce;
Recibe en su escudillo
Lluvia de dardos hábiles;
Sacúdelos al suelo,
Bríndalo a nuevo ataque.
. . . .
. . . .
Escúchase el chasquido
De hierros que se parten;
Al aire chispas fúlgidas
Suben en rubios haces;
Alfómbrase la tierra
De dagas y montantes...

Diríase un cantarcillo de gesta figurado. Hasta los apelativos que Martí dedica a su hijo responden a esa concepción. El niño es su "reyecillo", su "caballero"; el padre es su "vasallo"... Por todo esto escribí alguna vez, con hipérbole tal vez no excesiva, que el

Ismaelillo tiene algo de épico; es como una minúscula epopeya de la ternura.

Este recurso al símbolo de la lucha, tan insólito en un poemario de amor (a pesar de aquello de Góngora de las lides "en campos de pluma") no puede dejar de ser significativo. Hay en todos los poetas un estilo del tropo o de la figuración, que responde a su intimidad espiritual, y algunas veces, en distintos poetas, a su común estética de escuela. El símbolo de la lucha del alma y el cuerpo es característico del dualismo de la Edad Media; la rosa, emblema de la pasión, figura prominentemente en la poesía cortesana clásica; lo pastoril es recurso frecuente del siglo XVIII; la luna resulta casi privativa del romanticismo, como el cisne lo ha sido del Modernismo hispanoamericano. Hace tiempo hablé de "ala" y "raíz" como las palabras claves de Martí, las que dan en cifra la doble dimensión, espiritualista y naturalista, de su espíritu. En el *Ismaelillo,* el empleo de la figuración de la batalla debe de ser algo más que una mera alusión al retozo condescendiente de la fuerza paterna con la debilidad infantil, y esa estilización en términos caballerescos puede significar también algo más que un recurso convencional de la utilería romántica.

No me parece forzado hallar ese sentido personal y profundo en la expectante vocación de lucha que llenaba el alma de Martí —de lucha civil y de lucha moral— y en su ávida esperanza de que el hijo se preparase para un destino semejante. Por supuesto, no es cosa de atribuirle implicaciones políticas a un poemario tan ingenuo; pero sí quiero sugerir que en un espíritu tan integrado como el de Martí, emoción e imaginación, menudencia y sublimidad, presente y futuro, se vinculaban más o menos conscientemente en una especie de constante presentimiento y preocupación

de su propio destino. El concepto de la vida como lucha, como "agonía", es fundamental en su ética. De sí mismo dice: "Para luchar vivo, intrépida y vigorosamente". ¿Es mucho suponer que al dirigirse a su hijo, en un poemario cuyo sentido edificador, exhortador, resulta evidente, se trasparentase esa conciencia en la figuración poética?

Con sus parábolas guerreras, Martí parece querer decir que también su hijo está vocado a esa pelea del mundo, y que en ella espera verle preservar su "sencillez", su pureza. Se observa, además, que en esa pelea de retozos y de mimos, cuando el padre es el adversario, hay como una relación de superioridad invertida. El niño es siempre el más poderoso, como lo muestran los apelativos paternos: mi reyecillo, mi monarca, mi tirano. Acabamos de ver, en fin, que en ciertos momentos la lucha del niño no es con el padre, sino con enemigos comunes; entonces el hijo es el "guardiancillo magnánimo", es el "escudo" que a su padre protege. Se hace muy explícito el sentido íntimo de eso en el poema *Musa traviesa:*

> Vaso puro de nácar:
> ¡Dame a que harte
> Esta sed de pureza:
> Los labios cánsame!
>
> . . . .
>
> Hete aquí, hueso pálido,
> ¡Vivo y durable!
> ¡Hijo soy de mi hijo!
> ¡El me rehace!

En otras palabras, el hijo es el *purificador:* el "despensero" que le satisface su "sed de pureza". No hay que olvidar el trasfondo biográfico. Cuando Martí escribe esos poemas, probablemente lleva ya en la inti-

midad de su conciencia cierta pesadumbre de pecados amorosos. Ya hemos renunciado a los disimulos en torno a eso, o a condenarlo con pequeños aspavientos de moral superficial. Martí —he repetido muchas veces— estaba todo él impostado en clave de amor; bajo ella hay que entenderle enteramente, y justificarle. Su avidez de ternura, insaciable de por sí, había ya buscado consuelos tras la frustración más íntima —que ya se había producido al escribir el *Ismaelillo*— de su ilusión matrimonial. Con todo, aquello pesaba en su alma. Hombre de vocación integral y angélica, sentía la necesidad de ir purificando su propia intimidad. Esta ansia moral —muy declarada en poemas posteriores— se empieza a hacer patente en los poemas a su hijo, y claro es que no podía expresarse sino por vía muy indirecta o figurada. El niño es como espuela a su conciencia de la responsabilidad: no de una responsabilidad puramente formal, doméstica, a cuyo cumplimiento estaba dispuesto, pero que no dependía mayormente de él; sino más general y más íntima, ante sí mismo, ante su propia conciencia. En el desempeño de ella, el hijo le defiende. Por eso, de contrincante en retozos de cariño, se hace algo más: protector de su padre, compañero suyo de batalla. Le ampara de los "tábanos fieros", de las "tentaciones sordas" y las "vírgenes voraces"; restaña con su pureza ciertas heridas morales:

Ya la enemiga tropa
Huye, rota y cobarde.
¡Hijos, escudos fuertes
De los cansados padres!
¡Venga mi caballero,
Caballero del aire!
¡Véngase mi desnudo
Guerrero de alas de ave,
Y echemos por la vía,

Y con sus aguas frescas
Bañe mi hilo de sangre!
¡Caballeruelo mío!
¡Batallador volante!

Asistido en su vocación de pureza por la inocencia del niño, el padre integra con él su destino, y a su vez le unge con sus votos de preservación de toda mancha, particularmente la del egoísmo, que es "la gran mancha del mundo":

Cuando te vayas,
¡Llévame, hijo!—
Toca en mi frente
Tu cetro omnímodo;
Ungeme siervo,
Siervo sumiso:
No he de cansarme
De verme ungido!
Lealtad te juro,
Mi reyecillo!
Sea mi espalda
Pavés de mi hijo;
Pasa en mis hombros
El mar sombrío:
Muera al ponerte
En tierra vivo:—
Mas si amar piensas
El amarillo
Rey de los hombres,
¡Muere conmigo!
¿Vivir impuro?
¡No vivas, hijo!

Vemos así cómo lo que empezó siendo apenas más que una canción de cuna, un retozo matinal, se convierte poco a poco, a lo largo de los quince poemas del *Ismaelillo,* en curso de autopurificación espiritual. Años más tarde, en unos apuntes íntimos, Martí dirá respecto del niño de su devocionario paterno, palabras que confir-

man esa interpretación: "Si lo imaginaba rey en su trono" —escribe— es porque "a su presencia, como homenaje a un monarca y dueño, llevaba, a modo de cazador su jauría, mis pasiones embridadas..." El bellísimo poema *Valle lozano*, tan reminiscente desde el primer verso de un cantarcillo famoso de Gil Vicente que tuvo muchos ecos en la poesía clásica española, resume así esa purificación:

Dígame, mi labriego:
¿Cómo es que ha andado
En esta noche lóbrega
Este hondo campo?
Dígame, ¿de qué flores
Untó el arado,
Que la tierra olorosa
Trasciende a nardos?
Dígame, ¿de qué ríos
Regó este prado,
Que era un valle muy negro
Y ora es lozano?

Otros, con dagas grandes,
Mi pecho araron:
Pues ¿qué hierro es el tuyo
Que no hace daño?
Y esto dije —y el niño
Riendo me trajo
En sus dos manos blancas
Un beso casto.

Cuando Martí, ya de vuelta en Nueva York, lee esos poemas a sus amigos venezolanos —gente de versos también, y expulsos de Guzmán Blanco—, casi le fuerzan a publicarlos. Está herido de su experiencia bajo aquella dictadura vanidosa: espantado de los servilismos, de las intrigas y dobleces, y de lo que cuesta siempre vivir con dignidad. Por otra parte, su mujer todavía no quiere reunirse con el visionario andariego,

que no acaba de estabilizarse con "juicios de presente". El idealista se siente más solo que nunca en la gran ciudad —solo con sus inquietudes, con sus fervores, con su concepto heroico de la vida. Como aún no ve el cauce luminoso de la acción pública, las sombras invaden su espíritu. ¿Qué mucho que la dedicatoria a su hijo, que entonces escribe, sea tan melancólica y a la vez, sin embargo, tan afirmativa de su fe?:

Hijo: Espantado de todo, me refugio en ti... Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti.

Y luego de protestar la sinceridad de sus versos, añade:

Esos riachuelos han pasado por mi corazón. ¡Lleguen al tuyo!

Esas palabras liminares resumen los significados esenciales que hallamos en los versos: el hijo como refugio ante el dolor, como incitador a la purificación, al sentido de la trascendencia espiritual y a la confianza en el porvenir: "corona, almohada, espuela".

Es probable que fuera también entonces cuando Martí le puso título a su libro: *Ismaelillo.* ¿A quién aludía con ese título? No sé cómo hube, para mi biografía de Martí, el dato de que se refería "a otro niño de su infancia lejana". El nombre aparece sólo una vez en el poemario. Recordando, en *Musa traviesa,* cómo Pepito trepaba en busca de sus besos, el poeta exclama:

Oh, Jacob, mariposa,
¡Ismaëlillo, árabe!

Estas mezcladas imágenes son también significativas. El amor, mariposa frágil que busca la humana dulzura, puede ser también la escala mística de Jacob

hacia lo Uno y divino. ¿No nos parece hallar ahí como un lejano reflejo del *ordo amoris* de Martí —una sugerencia de la escala que él mismo ascenderá desde el amor humano hasta el amor, casi místico en él, de patria y humanidad?

Pero los versos también llaman al niño: "Ismaelillo, árabe"... Si lo de Ismaelillo era sólo un recuerdo de otro niño cubano, ¿qué pertinencia podía tener hablando de Pepito? Y sobre todo ¿por qué lo de "árabe"? Podemos especular un poco. En el Viejo Testamento, que Martí se conocía tan bien, cuéntase que el patriarca Abraham tuvo un hijo con la egipcia Agar, al que le puso por nombre Ismael, que significa "Dios oye". Los árabes tienen a ese Ismael legendario por progenitor de su raza. ¿Tendría ese fondo bíblico algo que ver con el bautismo literario de Pepito Martí? En tal caso, ¿qué recóndita asociación fué la que se estableció en la creación poética?

Recuérdese lo del paño árabe. Además, Quesada y Miranda nos cuenta que Martí dibujó ilustraciones para el *Ismaelillo,* o para un ejemplar del libro, y que muchas de ellas eran imágenes orientales: Rebeca "con un cántaro de agua sobre la cabeza, caminando por un oasis, con una pirámide y una esfinge en la arenosa lontananza"; una pareja de ibis; camellos y minaretes, y los Reyes Magos (Martí también llama "Mago" a Ismaelillo, en sus apuntes íntimos), cargados "de joyas y damascos"... En muchos poemas de otros momentos vemos que esa evocación de lo oriental le era grata a Martí. ¿Es eso un mero residuo del exotismo romántico, o se debe más bien a que Martí asociaba vagamente esas imágenes orientales con el esmalte y color, con el arabesco opulento y la gracia libérrima de su estilo?

Esto nos trae a la forma de su poesía en el *Ismaelillo.* Pero no he de fatigar por más tiempo la atención

generosa de ustedes. Baste notar, por lo que tiene de enlace con lo ya dicho, que en la serie de poemas se emplea el metro breve, de cinco, seis o siete sílabas, en versos asonantes. Es el metro de la vieja lírica popular española, tan próxima a la de los romances de gesta y caballerescos; el metro simple, natural, ingenuo, de las canciones de cuna y el adecuado para dirigirse a un niño, o para hablar de su candor. Responde, en fin, a la concepción interna del poema y al espíritu del poeta. El mismo Martí nos lo sugiere en aquellos apuntes íntimos antes citados: "esta idea de reyecía, aleteando sobre mi alma enamorada, hacía nacer esa sencillez que acaba gravemente, porque así, con gravedad y sencillez, veo mi alma". Inician, pues, la métrica y el tono de los "versos sencillos" que Martí emplea, con diversas variantes, en toda su poesía de serenidad, como usa, en cambio, los "endecasílabos hirsutos" para sus poemas de protesta y dolor. Es, en fin, el verso de los recuerdos, como el endecasílabo es su verso mesiánico, de futuro...

Por ahí se liga esa forma de sus momentos poéticos más maduros a aquella definición martiana que al principio cité: "Quizás la poesía no es más que la distancia". Es frase que siempre me trae a mientes otra de Valle-Inclán: "En arte, las cosas no son como son, sino como se recuerdan". En otras palabras, el arte quiere simplificación, poda, reducción a lo esencial. Por lo menos el arte no desbordado, no romántico. Se empieza así a comprender la estética de la poesía martiana más madura, la de los *Versos Sencillos,* que en realidad se anticipa con ésta del *Ismaelillo.* Poesía decantada, no ya sólo a través del recuerdo, sino de esos filtros ideales que son los símbolos, las alusiones, las imágenes un poco remotas. Poesía que se desprende ya de lo romántico para invadir la esencialización modernista.

Martí, desde luego, fué un poeta romántico por todo lo que de autobiografía —no de mero subjetivismo— hay en su obra. Escribe con su vida, con su sangre, sobre lo que a él le pasó, o le pasa, o lo que quiere que sea. Pero es más romántico, valga la frase, cuanto más está bajo la presencia emocional, como en sus versos primeros, anteriores al *Ismaelillo,* y en los *Versos Libres,* escritos con la emoción férvida de cada día. En cambio su poesía más pura, la más serena y en general la más gustada, es esa otra poesía de distancia y recuerdo. Ambas, sin embargo, son hondamente fieles a su espíritu, del cual pudiéramos decir que representan el ala y la raíz.

El *Ismaelillo* marca el punto de sazón juvenil en la poesía de Martí, y desde él entra una ráfaga de novedad en la poesía hispánica. Por su agilidad rítmica —retozo de rimas y cadencias ella misma—, por su feliz conjugación de frases simples y directas y de primores verbales y metafóricos; por su acento de frescor matinal y de candor adulto; por ese tornasol, en fin del gozo ingenuo y de la ternura —especie de cariño punzante en la yema del alma—, no sólo es un poemario encantador, sino también el testimonio de una instancia nueva de la sensibilidad. La afinidad profunda de Martí con el alma infantil, que más tarde había de florecer didácticamente en las páginas de *La Edad de Oro,* se alimenta en el *Ismaelillo* de los jugos de la devoción paterna, y por eso resulta menos deliberada, desprendiéndose como una fragancia silvestre de su corola poética. "Lleno de gracias sentimentales y de juegos poéticos" halló Rubén Darío el libro, y también dijo de él que era "un minúsculo devocionario lírico, un Arte de ser Padre". No cabe loa más autorizada.

Terminemos reiterando lo que al principio dijimos: que se puede sin incongruencia hablar de ese bautismo

poético al recordar, como hoy lo hemos hecho, al general José Martí y Zayas Bazán, porque el hijo supo mostrarse digno de aquella agua y de aquella sal. Cuando salía de la adolescencia, se fué a la pelea mayor, la no fingida, respondiendo a su tierra y a su sangre. Pudoroso, no le reclamó nunca réditos de privilegio a su apellido insigne, ni lo llevó con vanidosos alardes. Más allá del verso, fué caballero intachable. Supo vivir puro, como su padre había querido. En la prosa de la vida, halló confirmación su bautismo poético.

ACABÁRONSE
DE IMPRIMIR ESTOS
DISCURSOS
EN LA IMPRENTA
"EL SIGLO XX"
BRASIL, 153-157
EN LA HABANA
EL DÍA 27 DE MAYO
MCMLIII

AÑO DEL CENTENARIO
DE JOSÉ MARTÍ.

PUBLICACIONES

DE LA

ACADEMIA DE LA HISTORIA DE CUBA

I. MEMORIAS (desde la fundación de la Academia, en 1910, hasta el año 1932, en que dejaron de publicarse).

II. DISCURSOS DE RECEPCIÓN de los señores Académicos de número.

III. TRABAJOS DE INGRESO de los señores Académicos correspondientes.

IV. DISCURSOS INAUGURALES de las labores académicas.

V. OTROS DISCURSOS.

VI. ANALES.

VII. ELOGIOS de los señores Académicos de número fallecidos.

VIII. OTRAS OBRAS.

En el *Anuario* de la Corporación se publica el catálogo pormenorizado, por secciones, de las obras editadas por la Academia.

DOMICILIO DE LA ACADEMIA:
Amargura, 158, esquina a Cuba
(7º piso)
La Habana, Cuba


A. H.